

**LIBRO.- EL JUICIO DE LOS OJOS.
A CONTRACORRIENTE**

Ricardo Pérez Escamilla

Juan Carlos del Valle es un joven artista mexicano que, por vocación y voluntad, ha querido retornar a los orígenes y transitar por algunos de los caminos que creadores de antaño recorrieron y que, pareciera, hoy han quedado en el olvido. Por ello, cada una de sus obras son, en esencia, una invitación implícita a reencontrar la tradición, a darle una nueva interpretación y a modificar la manera en la que observamos, sentimos y concebimos la creación artística.

Su estética se torna insólita por su capacidad académica tradicional en un tiempo en el que, como el presente, las corrientes artísticas tienden a ser antiacadémicas y a mostrarse preocupadas, y ocupadas, por creaciones que nada tienen que ver con el pasado; si bien, reconozco el valor innegable de los grandes creadores contemporáneos en su búsqueda de nuevos códigos estéticos, al igual que la pluralidad y amplitud inherentes a la filosofía del arte actual, elementos que sin duda posibilitan la convivencia de diversos estilos creativos en un mismo espacio y tiempo.

Por lo anterior, considero que bien vale la pena referirse a Juan Carlos como un artista de contracorriente que, lejos de las modas y tendencias propias de su tiempo, reivindica al dibujo como la base de toda obra pictórica, afirma que el pasado sigue siendo una fuente inagotable para la plástica y da testimonio de que el origen de todo acto creativo se encuentra en el dominio del estudio tonal, del ambiente, del carácter y de la proporción.

Juan Carlos posee un lugar importante en la plástica actual por su exaltación y por la labor que lleva a cabo a favor del rescate y la actualización de técnicas y de temáticas pertenecientes a otros tiempos. Vive en un mundo

moderno aunque trabaja con una mística monástica de austeridad, disciplina y rigor en la que se encuentra presente la tradición de algunos artistas de la corriente estética del exilio español, como son José Bardasano (1910-1979) y su discípulo Demetrio Llordén (1931-2000) - a su vez maestro de Juan Carlos - , tradición a la que imprime un toque personal, un acento marcado que destaca por su mexicanidad.

En algunos casos, Juan Carlos logró superar a sus maestros tanto en el óleo como en el carbón. Prueba de ello es, en su pintura, la intensidad pastosa y brillante aplicada, quizá, directamente del envase de estaño sobre sus dedos o una espátula; y, en sus carbonos, el sentido dramático de las luces y las sombras que poseen una misteriosa realización y que reflejan, en cada línea de un rostro, en sus facciones o en las cabelleras, una auténtica pasión creativa que le permite capturar el espíritu de los personajes y las formas de la imagen con un auténtico sentimiento vital.

Nuestro artista se sabe capaz, apuesta a su creatividad, a su dominio de la técnica y a sus facultades como creador sin dejarse llevar por la falsa modestia, virtudes que le han permitido expresarse de su obra de la siguiente manera: “[...] no es improvisada ni accidental. Tengo el completo control de lo que concibo y realizo: decido lo que deseo hacer. Tengo la capacidad de guiar la mano, apretar el lápiz o hacer una línea débil o fuerte. El artista siempre debe tener el control”.

Para dibujar usa la técnica del lápiz al carbón y de la sanguina imprimiéndoles una sensualidad y un alto rendimiento consciente e inconsciente, que le lleva a descubrir el valor misterioso del negro como revelador de todos esos colores que sugiere, con el fin de que sean interpretados como amarillos, azules o rojos. Lo mismo ocurre con las texturas y con la temperatura y sentimientos de sus

personajes y paisajes, todos ellos elementos que son insinuados con el lápiz y que adquieren vida a través del manejo de una gama de negros.

En sus dibujos al carboncillo es posible encontrar, de manera ocasional, una fascinación por lo nocturno y lo siniestro en la que, con sentido romántico, nos comparte esa visión incluyente que le caracteriza y en la que los contrarios se unen para armonizar sin provocar estragos ni conmociones. Muestra de ello son el bodegón con un cráneo blanco sobre un libro y un búho en tinieblas, la cara humana de un demonio con cuernos o su magistral autorretrato en el que la mitad de su rostro casi desaparece en la oscuridad.

Con antecedentes en la pintura mexicana de artistas como Francisco Goitia, Saturnino Herrán y Luis G. Serrano, Juan Carlos del Valle obtiene contrastes en los que, gracias a su dominio técnico y a su exaltada pasión, llega a conciliar y armonizar conceptos contrarios con los que interpreta, en su más profundo sentido, la luz y la oscuridad, el calor y el frío, el bien y el mal, la ternura y el coraje. De igual forma, cuando pinta al óleo maneja el color con hedonismo y riqueza métrica al aplicarlo en capas transparentes que, de manera premeditada, parecen escurrirse dando así la impresión de abandono, de que la obra se halla sin terminar o que apenas está comenzando.

Sus retratos son variados y en ellos los hombres, las mujeres, los indígenas y las mestizas poseen un aire melancólico con sus miradas siempre en el horizonte y sus expresiones reflexivas en las que la sonrisa no tiene lugar. Son personajes en los que el carboncillo delinea los contornos de los rostros y de los cuerpos esfumando las sombras y acentuando lo blanco con el fondo del papel o, bien, marcando las luces con pasteles. Los desnudos femeninos, compuestos con líneas modeladas con fuerza y dominio técnico que armonizan con las partes, dejan ver la sensualidad de alguien quien, aún sirviendo como modelo, es una persona sensible, común y espontánea.

Si bien en sus apuntes a lápiz, algunos de los cuales le servirían para sus trabajos más elaborados, sobresalen la naturalidad, la ternura y la frescura con la que retrata a reptiles, aves, gatos y animales de grandes dimensiones, lo cierto es que los rostros de las personas, particularmente de las etnias indígenas, ocupan un lugar especial. A Juan Carlos le bastan unos cuantos movimientos del lápiz para expresar el enojo, la melancolía, la locura, la tristeza, la maldad y el amor de personas que conforman su contexto cotidiano y de otras que habitan geografías distantes.

Sus rostros, realizados con voluptuosidad y con la calidad del dibujo de escultor, son espacios donde la composición, las luces y las sombras juegan, interactúan, se mezclan y, al hacerlo, forjan una sensación de energía y vitalidad que nos acerca más a quienes son los protagonistas de sus retratos y de nuestro entorno: el obrero, el trabajador, el agricultor, el músico, la muchachita, el amigo, la dama distinguida; hombres y mujeres que son el espejo en el que se refleja la imagen de la dignidad y del respeto humano al tiempo que la madurez y nobleza de Juan Carlos como artista y persona.

En los bodegones, ya sean apenas bosquejados o preciosamente pintados, atrapa la textura, el color, las formas y el espíritu de lo animado, de las flores y de los frutos que se encuentran en contraste con materias inertes como el barro y el metal o con la transparencia del cristal y la tersura de los objetos integrados a la composición.

Son obras de corte realista y costumbrista que poseen una composición y un colorido que contrastan con la ausencia cromática de los dibujos en carboncillo y sanguina, y que se constituyen en testimonios elocuentes tanto de la influencia que ejercieron en él sus maestros emigrados de España como de su habilidad de asimilar y de mexicanizar las enseñanzas que de ellos recibió.

Así, sus bodegones descubren nuevas visiones de las frutas, de las huertas y de las hortalizas mexicanas mientras que los objetos que las acompañan revelan la sencillez, la delicadeza y la capacidad de nuestro artista al interpretar los utensilios de cocina y de comedor, que generalmente pasan inadvertidos por su uso cotidiano y por la ausencia de pretensiones artesanales, como símbolos de inigualable valor estético y cultural de lo que es propio. Con su obsesión y entrega total, Juan Carlos imprime a su trabajo pictórico una nueva estética que le permite expresar con elegante pasión formas, colores y composiciones con antecedentes remotos pero con una particular sensualidad y una exaltada y vital ejecución.

No cabe duda que es en la luz donde podemos encontrar una de las mayores riquezas de Juan Carlos. La luminosidad, y su contraparte, la oscuridad, son una generosa puerta de acceso a su obra, son el umbral donde se devela la intimidad de quienes la protagonizan y son el gran hilo conductor que une, en la diversidad, al conjunto de su producción.

En su deseo por descubrir la esencia que yace oculta en las personas y los objetos, Juan Carlos se transforma en un crisol donde el pasado y el presente, la tradición y la contemporaneidad, lo propio y lo ajeno se funden en aras de una estética que tiene un poco de universal y otro tanto de nacional, y que defiende a la tradición, el oficio y la técnica como los principios fundamentales y las herramientas indispensables para la creación artística en todos los tiempos.

No debe ser motivo de extrañeza, entonces, que al observar alguno de sus bodegones evoquemos a Francisco de Zurbarán, que al estar frente a sus retratos recordemos a Rembrandt o a Ignacio Zuloaga, que al contemplar sus paisajes venga a nuestra memoria el nombre de Joaquín Sorolla y que, al mismo tiempo, encontremos en cada bodegón, retrato y paisaje el signo de la mexicanidad, reflejado en los dos grandes personajes de su obra: el hombre y la naturaleza.

El trabajo de Juan Carlos es muestra de que la vocación creativa puede llegar a ser tan firme y arrebatadora que nadie, ni el propio artista, la puede contener. Que sus pinturas y dibujos, lejos de ser una expresión de satisfacción egoísta, son el espejo del alma, el reflejo de un tiempo, el del artista, y la posibilidad de crear nuevas formas a partir de antiguas tradiciones.

En definitiva, Juan Carlos es un dibujante y pintor contemporáneo que va a contracorriente porque tiene plena conciencia de que, en el mercado y en la crítica, el arte académico no vive su mejor momento y, sin embargo, congruente con sus principios, y en ejercicio de su libertad, da testimonio de que para el creador comprometido con sus conceptos toda manifestación artística es vigente.